

## La prensa escrita como documento histórico: cuidado, prevenciones y consideraciones

**Por Fernando Rivas**

Es frecuente que muchos historiadores recurran a la prensa como fuente para sus investigaciones. A veces la usan como elemento central de su trabajo y en otras les sirve como respaldo para algunos de los antecedentes o datos específicos que obtienen de otras fuentes. Muchas veces también, la prensa, especialmente la prensa escrita, es utilizada como fuente para ilustrar y describir determinadas circunstancias, hechos o momentos históricos, especialmente en el campo de la historia social y de la historia cultural.

El periodista e investigador porteño, Piero Castagneto, es un ejemplo de este aserto. Como autor de un “Bosquejo histórico de la prensa en Valparaíso”, entre otros artículos y publicaciones en libros y la prensa local, señaló que “revisar estos viejos periódicos es encontrarse con la mayoría, por no decir la casi totalidad de la historia de Valparaíso, desde que mereció el título de ciudad. Allí están sus etapas de desarrollo, su evolución urbana, económica, portuaria y humana; además, las más importantes iniciativas de mejoramiento, como por ejemplo, la campaña que emprendió “El Mercurio” para la creación de un Cuerpo de Bomberos, cosa que se concretó en junio de 1851, los debates sobre la recuperación de la ciudad tras el Terremoto de 1906; respecto de cómo debería ser el nuevo puerto, cuyas obras fueron comenzadas en 1912 o bien, las largas discusiones extendidas por décadas, sobre cómo remediar el progresivo declive de Valparaíso tras la entrada en servicio del Canal de Panamá, en 1914. Y lo anterior sin olvidar, al menos a título de mera curiosidad, los tantos proyectos nunca realizados” (Castagneto et al., 2007).

Es claro, la prensa escrita sirve de base y apoyo fundamental para hacer historia. Sólo así se entiende que, por ejemplo, algunos profesores universitarios de la carrera de Historia, soliciten a sus alumnos que revisen la prensa para que conozcan la posición editorial de distintos medios, como una forma de reconocer algunas de las voces que existieron en su tiempo sobre distintos acontecimientos o situaciones históricas.

El mismo Castagneto lo afirma con nitidez al decir que “desde hace ya un tiempo a esta parte, la historiografía nacional y local ha apreciado a la prensa como una fuente primordial –previo análisis crítico- para muchas de sus vertientes o especialidades, tanto historia política como económica, social, cultural, etc.”.

Y especifica: “En esto también se incluye la historiografía de Valparaíso, y de manera creciente; de sus cultores algunos buscarán datos de cuándo se iniciaron o terminaron las obras de tal o cual edificio; otros, la cantidad de buques ingresados al Puerto en determinado período; otros detectaran problemas de inmigración o delincuencia y, en fin, habrá quienes busquen la opinión editorial de un determinado órgano de prensa sobre la política cambiaria del gobierno de turno” (Castagneto et al., 2007).

La información y la historia están contenidas en las páginas de los diarios y así van quedando también cada día con la aparición de cada nueva edición. Se trata de la existencia de una verdadera memoria del tiempo inmediato como de períodos más largos. Se trata, en parte, de lo que se ha denominado como la historia del tiempo presente y también de aquella que tiene que ver con ciclos de mayor duración.

**PREVENCIONES CON LA PRENSA ESCRITA**

Sin embargo, ¿es correcto utilizar la prensa directamente y transcribir sus informaciones y opiniones, creyendo que sólo por el hecho de que están escritas en letras de molde son ciertas?

Castagneto plantea que el uso de la prensa debe hacerse “previo análisis crítico”, es decir hay que saber enfrentar y decodificar la información; estar atentos tanto a la denotación de la misma como a su connotación, a sus grados de certeza y a sus implicancias.

Al respecto Fernand Braudel plantea que la revisión de la prensa es un ejercicio encantador, casi mágico, en que se pasa revista a un caleidoscopio de situaciones y personajes. El concibe a las informaciones de prensa como semejantes a los trailers de películas que se exhiben a modo de sinopsis en los cines. Se trata dice de “trailers pintorescos, atractivos y en algún caso agobiantes”, que componen según dice “las primeras imágenes coherentes de la historia de nuestro tiempo (de todos los tiempos por lo demás)” (Braudel, 2002).

En su opinión se trata de “imágenes instantáneas, imperfectas -¿hay que decirlo?- dibujadas a toda prisa, unas hinchadas, mal engarzadas otras, y todas ellas además iluminadas según la fantasía de las propagandas o de los reportajes. Cuando el mundo es libre (si bien entonces su historia es menos dramática), series opuestas de imágenes se encuentran y se juntan como pueden. Lástima si al espectador le cuesta entenderlas. El espectador tiene sus imágenes: ¡pues que vuelva las páginas del álbum o de la revista!” (Braudel, 2002).

Tratar con esas imágenes y desentrañar el caudal de sus contenidos es una tarea compleja, que requiere de distintos tipos de cuidados y prevenciones, con el fin de lograr la extracción de aquellos elementos que, en definitiva, van a dar origen al conocimiento.

Braudel está claro al respecto y señala que “es cierto esta primera historia está plagada de errores; es cierto que es falaz; es cierto que se presenta como la superficie, fosforescente, discontinua de la vida del mundo y solamente como su superficie; es cierto que mezcla los grandes acontecimientos con los nimios sucesos sin distinguirlos como convendría, pero esta es una primera historia de todos modos, resistente ya, que posee la fuerza y la potencia del primer ocupante” (Braudel, 2002).

No obstante, no hay que bajar la guardia, a pesar de la abundancia informativa, y asegura que ella “es mentira sin duda, pero una mentira cargada de verdades y sortilegios”, ya que “el hombre y ese es el encanto de esta historia- se encuentra a gusto al principio y se reconoce en ella, pues esta historia está escrita día a día, tiene la medida de sus pasiones y de sus ilusiones y, por ello, está cargada de humanidad y de poesía ¿existe una ilusión más tenaz entre quienes viven una historia que la de creerse los autores responsables de ella y no solamente sus víctimas” (Braudel, 2002).

El escritor Mario Vargas Llosa aborda precisamente en su ensayo “La verdad de las mentiras”, la paradoja que concierne a la novela como referente de la cotidianidad. Y aunque reconoce que si bien “las novelas mienten –no pueden hacer otra cosa-“, sin embargo, esa es “sólo una parte de la historia”, puesto que aún “mintiendo expresan una curiosa verdad”. (Vargas Llosa, 1990). Esa curiosa verdad, además, es tal que “sólo puede expresarse disimulada y encubierta, disfrazada de lo que no es”. (Vargas Llosa, 1990).

Tal paradoja se explica, según el escritor, por el simple hecho de que “toda buena novela” en cuanto representación de la realidad “dice la verdad” y “toda mala novela miente” (Vargas Llosa, 1990).. Y explica: “Decir la verdad para una novela significa hacer vivir al lector una ilusión”, la ilusión de que está asistiendo a una

representación verosímil, que captura adecuadamente el sentido de los hechos y que tiene ribetes de credibilidad respecto de lo que se está narrando. Por otra parte, “mentir” en los términos de Vargas Llosa significa “ser incapaz de lograr esa superchería” (Vargas Llosa, 1990). o ilusión, esa sensación de verosimilitud o de credibilidad.

Algo similar sucede con la producción histórica, en cuanto a su calidad, excepto por el hecho básico de que ella forzosamente debe estar vinculada desde siempre y de manera certera con los hechos, sin dar cabida en ningún momento a la ficción o a la simple creación o especulación literaria. El texto histórico requiere dar cuenta de la realidad sin más elementos que los que tienen los propios hechos, en tanto que las interpretaciones históricas que se hagan de los mismos necesitan también ajustarse a esa base real, que les sirve de fundamento. Sin duda que a ellos también se les exige verosimilitud y credibilidad y éstos son juicios valorativos que resultan del conjunto o de la lectura completa del texto histórico.

En el caso del periodismo, las exigencias son similares, excepto por el hecho de que el trabajo de prensa se hace contra el tiempo y se incurre en falencias que son propias de la premura. Como dice el mismo Vargas Llosa, “para el periodismo o la historia, la verdad depende del cotejo entre lo escrito y la realidad que lo inspira”. Ese cotejo debe ser, necesariamente, lo más cercano posible.

De allí que el trabajo con prensa, como fuente histórica, deba hacerse con cuidado, “con espíritu crítico”, como dice Castagneto, a fin de lograr los grados de certeza, verosimilitud y credibilidad que exige la historia. Hay que estar atentos a los deslices, a los errores que contienen dichos textos, a las jerarquizaciones, valoraciones y cuadros sinópticos impresionistas o meramente opinantes, en el sentido de calibrar y ponderar adecuadamente la información que se está extrayendo.

Justamente, la recolección o mejor dicho el reconocimiento de esta situación demanda capacidades y cualidades profesionales y humanas bien desarrolladas, de modo que sean capaces de desentrañar, en toda su riqueza, la infinitud de historias que guarda cada hoja. Y esta es una tarea que compete, como ya se expresó, no sólo al tiempo presente sino que también –y principalmente- al pasado.

El mismo Braudel señala que los lectores o el público en general, que disfrutan de los incidentes, peripecias y emociones de sus “ídolos” tal y como si se tratara de una novela vívida, lo hacen tanto respecto del hoy como del ayer. Al respecto afirma: “Creen que un acontecimiento de la vida de Napoleón, por ejemplo, contado con suma precisión, no tendrá también mucho más interés humano para un auditorio común que las consideraciones más refinadas sobre la historia profunda del Primer Imperio?. Fíjense en la moda de las vidas noveladas y, para comparar, pensemos en la tirada y en la audiencia de los verdaderos libros de historia”(Braudel, 2002).

Ciertamente, las publicaciones periódicas van dando curso a determinados acontecimientos en sus páginas, las que sirven al deseo ciudadano de estar informados o al tanto de lo que pasa y una vez que su corta vigencia expira se convierten en documentos que reflejan una época y que suelen mantenerse como depósito de un presente que siempre se escapa.

## OPERACIONES Y REPRESENTACIONES

¿Cómo debe ser entonces la aproximación de un historiador o de un investigador de la prensa respecto de estos documentos en los que late todavía parte de la vida que hubo en su momento y que se mantiene en el tiempo tal y cual si se tratara de pozos o trozos de realidad que perviven gracias a la magia del lenguaje y la perdurabilidad del papel?.

En primer lugar, dijimos que debe ser cuidadosa. Braudel nos advierte que se trata de imágenes y que como tales remiten a múltiples significados, los cuales implican no sólo la argumentación racional, sino que muchas veces y más valiosa aún son las expresiones emocionales que están allí contenidas.

Como imágenes, su campo de acción también es el imaginario individual y por extensión social, el imaginario colectivo. Cuando se revisan las páginas de un diario a lo que se accede es a una representación de la realidad hecha por los periodistas o redactores del periódico, quienes la ofrecen a los lectores, los que a su vez la asumen o integran a sus propias representaciones, ya sea asumiéndolas en plenitud o modificándolas según sea el conocimiento, universo conceptual propio o espíritu crítico.

Hay allí un juego dialéctico, un ir y venir de significaciones, que van dando cuenta de la formación de una opinión pública, que es, en definitiva, lo que muchas veces busca el historiador o el investigador en su relación con el documento de prensa. Su afán es tratar de reconstruir esa relación y tratar de entender o mejor dicho –explicarse– una determinada época, período o coyuntura histórica, entendiendo o considerando lo que fue esa opinión pública en su tiempo.

En segundo lugar, el investigador como tal debe tener conciencia de sí mismo y de su propia biografía, ya que ésta incide –quíralo o no– en la interpretación de los hechos. Su propio imaginario individual dialoga con las representaciones que subsisten en los textos y las reproduce con un sello o identidad distintivo, de modo que su trabajo histórico está tamizado por sus percepciones o ideaciones respecto de lo que está investigando. Desde este punto de vista, la labor del historiador es plenamente subjetiva y al igual que los periodistas se relaciona con los hechos de una manera tal que selecciona y jerarquiza de acuerdo a su propia formación, intereses y criterios investigativos. El afán de objetividad y de apego fiel a los hechos o a lo sucedido queda circunscrito al ideal de un afán investigativo marcado por el deseo de ceñirse al máximo a los hechos de modo de que sus interpretaciones sean fundamentadas y corroborables.

En tercer lugar, Braudel también advierte respecto de la calidad con que deben ser enfrentadas las informaciones y opiniones contenidas en la prensa escrita, por cuanto los acontecimientos allí registrados “por cautivadores que sean, no representan la historia entera del tiempo que pasa sino su superficie nada más. La historia no es el relato de acontecimientos sin más. No es solamente la medida del hombre, del individuo, sino de los hombres, de todos los hombres y de las realidades de su vida colectiva” (Braudel, 2002).

Los diarios son una fuente importante, pues suelen reunir en poco espacio y en forma casi compendiada mucho de lo sucedido a través del tiempo o, mejor dicho, la forma en que sus redactores vieron pasar la marcha de los acontecimientos. Sin embargo, son frágiles y están expuestos no sólo al error, sino que invariablemente al filtro con que sus redactores no sólo ven o vieron, sino que muchas veces también desean o desearon transformar la realidad.

Se debe tener conciencia de esto para saber calibrar y ubicar adecuadamente los testimonios o antecedentes que se extraigan. Además de la conciencia de que sus informaciones pasan por la calidad o prestigio informativo de que goce el medio, pues hay disparidad de niveles y notorias diferencias respecto de la relación que debe haber entre el acontecimiento y la representación periodística del mismo. Las fuentes periodísticas varían no sólo en cantidad, sino que también y en gran medida, en calidad.

Braudel plantea al respecto que en el tratamiento de este tipo de fuentes, como un mecanismo de control y de certeza histórica, hay que buscar, “junto a los acontecimientos, hechos menores que no conciernen a las acciones extraordinarias o a personajes ilustres, sino a los actos de la vida diaria. Para ‘ello el precio del hierro o la

tasa de la renta, el nivel de los salarios o el precio del pan nos instruyen mejor que el relato de una batalla o la entrevista de dos soberanos', señalaba Anatole France, en un capítulo de la *Vie Litteraire*. A través de estos hechos nimios se nos ofrece la posibilidad de conocer las realidades de la historia colectiva, de la historia profunda" (Braudel, 2002).

## OCULTAMIENTO Y REVELACION

Los detalles o los datos precisos y escuetos muchas veces son reveladores de situaciones mayores y dan cuenta de la intensidad de éstas mismas, de modo tal que el investigador debe adiestrarse en un método de abordaje de los textos. Revisar la prensa, tanto aquella que está vigente en el presente como aquella que permanece caduca en las hemerotecas, implica un acto de inmersión, de buceo entre sus páginas y entre sus "petites histoires", el cual debe contemplar no sólo distintos niveles de investigación y de análisis sino que también de cuantificación y calificación de los antecedentes, de modo que estos pequeños datos sirvan como ilustración y fundamentación de argumentos mayores.

En cuarto lugar, al enfrentar un periódico o la colección del mismo, también hay que tener presente que éste ofrece una visión parcial de la realidad, generalmente sesgada por sus propios intereses o compromisos políticos, ideológicos, económicos, culturales y religiosos, entre otros, de manera tal que no sólo muestra determinados acontecimientos, sino que al mismo tiempo y quizás en mayor medida silencia o invisibiliza otros, al punto que hay que atender no sólo a las manifestaciones que la publicación reproduce sino que también a lo que omite o no reproduce.

Para algunos analistas, muchas veces lo que callan los medios resulta ser lo más significativo y valioso, justamente porque se lo está ocultando, es decir negándole la posibilidad de interacción a nivel social con su presencia en las páginas.

En quinto lugar, aunque quizás debiera ser lo primero, cabe preguntarse qué es lo que quiero saber del diario; qué voy a hacer con él, para qué lo voy a utilizar. Y la respuesta a esta pregunta también la remito a Braudel, quien señala que hacer historia no es simplemente la confección de un relato o una relación de acontecimientos, sino que por sobre todo, la historia es "una explicación". Según señala, "los grandes acontecimientos (...) hay que explicarlos por pequeña ciencia coyuntural que sea la historia. En realidad, fuera de su propia historia, señalan realidades, líneas de fuerza a menudo decisivas, y son esas líneas, son esas realidades las que tal vez cuenten más" (Braudel, 2002). Por eso que un periódico debe ser comprendido no sólo en sí mismo, sino que en gran medida también en su contexto, en el papel que juega o jugó dentro de su sociedad o comunidad; los intereses que representó, los valores que canalizó, los contenidos que privilegió, pero también respecto del rol o posición que ocupó dentro del sistema informativo y su articulación con otros medios y como representantes de ciertos grupos o sectores sociales.

Y, en sexto lugar, debe considerarse igualmente la conciencia que el investigador debe tener respecto del documento así como respecto de sí mismo, en su calidad de observador, éste debe ser capaz de percibir el conjunto de los acontecimientos que está revisando, con el fin de establecer el paisaje completo y no caer en una acción reduccionista que, lejos de ofrecer una nueva mirada o un conocimiento renovado, limite la percepción de su trabajo y empobrezca la explicación histórica que pretende dar.

En este sentido, la indagación en la prensa debe necesariamente ser combinada con la utilización de otras fuentes, de modo de confrontar la información y de

reconstruir el acontecimiento en una perspectiva más amplia, a fin de entenderlo y dar cuenta de él en forma amplia y no restrictiva.

## EL TEXTO Y LA LECTURA

Estas prevenciones hay que considerarlas al momento de tener que relacionarse con los textos de la prensa escrita, investigativamente, por ejemplo. Sin embargo, al momento mismo de enfrentar dichos textos hay que tener en cuenta otros aspectos que son ineludibles y que dicen relación con el texto, así como con el acto de su lectura.

De partida, como ya se ha esbozado, los textos no tienen sentido por sí solos; “existen” y dependen de quién los lea. La interacción del lector con el texto es lo que verdaderamente tiene sentido. Es ese acto de apropiación del contenido y de integración/reformulación que hace el sujeto lector el que tiene relevancia histórica y social. Como dice Michel de Certeau, “la lectura no está inscrita en el texto, y el texto no existe sino porque hay un lector para darle significación” (Soffia, 2003).

El diario, por tanto, tiene significación por la relación que mantiene con su comunidad de lectores y el tipo de lectura que hacen éstos. La historia de la lectura, una de las tantas ramas de la historia cultural, nos advierte que el actor y la forma de leer no han sido iguales ni permanentes a través del tiempo. La acción individual y silenciosa que actualmente nos caracteriza es relativamente nueva, ya que se ha dado y extendido preferentemente en los dos últimos siglos, por cuanto la escasez de textos hacía que ésta fuera antes una actividad social y de escucha, mediante la lectura en ruedo y en voz alta. Se trataba al mismo tiempo de un acto de lectura y de un acto de escucha.

El periodista e historiador norteamericano de la cultura, Robert Darnton, previene a su vez que “los documentos sólo muy rara vez revelan al lector en el acto mismo de leer, es decir, en el instante en que atribuye significados con inspiración en los textos”(Darnton, en internet), y por tanto la reconstrucción de su lectura no es fácil. “Muy pocos de esos documentos son suficientemente ricos como para proporcionarnos al menos acceso indirecto a los elementos cognoscitivos y emocionales de la lectura, y unos cuantos casos excepcionales podrían resultar insuficientes para reconstruir las dimensiones íntimas de esa experiencia” (Darnton, en internet).

De allí que, tratar de evocar cómo el público leyó determinado diario, sea una labor de por sí imprecisa y no siempre sujeta a percepciones certeras e inequívocas. Este acto de apropiación y más aún su interpretación o modelación de la opinión pública cae generalmente en el ámbito de las conjeturas y de las apreciaciones subjetivas, siempre deseosas de la corroboración o la confirmación por parte de otros investigadores y sus técnicas. Sin embargo, es esta relación la que realmente importa, pues se trata de la forma en que el texto se hace carne, se vivifica y se convierte en motivo o acicate de la acción o de la no-acción.

Por otro lado, como señala Darnton, la lectura históricamente no ha avanzado en un curso de dirección única, es decir, de una forma intensiva a otra extensiva; de momentos históricos en que la lectura se hacía para muchos y en voz alta -porque existían pocos libros- hacia otros en que se disponía -gracias a la imprenta- de más ejemplares y se favorecía la lectura individual. Ha habido avances y retrocesos y en algunas épocas se ha vuelto a prácticas antiguas, dependiendo de las circunstancias y condicionamientos sociales. Sin embargo, en la perspectiva de la larga duración y como efecto de los avances de impresión, la lectura se ha extendido en las distintas sociedades y entre sus diferentes estamentos.

También se lee de manera diferente según grupos sociales y épocas. De acuerdo con Darnton, “hombres y mujeres han leído para salvar su alma, para educar sus modales y maneras, para reparar máquinas, para cortejar a un ser querido, para enterarse de los sucesos de actualidad y también por pura diversión” (Darnton, en internet), de modo que la forma de enfrentar los textos también ha sido disímil y variada.

Incluso, el mismo acto de leer no es similar en toda la especie humana, ya que presenta variaciones culturales y hasta cognitivas. “No hemos trazado una estrategia para comprender mejor los procesos internos por medio de los cuales los lectores atribuían significados a las palabras. Ni siquiera entendemos bien nuestros propios modos de leer, muy a pesar de los empeños de psicólogos y de neurólogos para investigar los movimientos del ojo humano y para trazar un mapa de los hemisferios del cerebro. ¿Difiere el proceso cognoscitivo de los chinos, que leen una escritura ideográfica, del de los hombres occidentales, que descifran líneas? ¿Es idéntico en los israelíes, que leen palabras sin vocales de derecha a izquierda, que en los ciegos, que transmiten estímulos mediante las yemas de los dedos? ¿Es similar en los naturales del Sudeste Asiático, cuyas lenguas carecen de tiempos del verbo y ordenan la realidad en una dimensión espacial, que en los indios del continente americano, cuyas lenguas han sido convertidas a una forma de escritura sólo muy recientemente y por académicos ajenos a esas comunidades? ¿Es lo mismo para el hombre religioso, que se siente en presencia de la Palabra, que para el especialista en diseñar etiquetas de consumo para un supermercado?” (Darnton, en internet).

La lectura, entonces, es un fenómeno complejo y que se hace aún más denso si se trata de reconstruirlo históricamente. La prensa escrita tiene sentido en tanto la significación que tuvo para sus lectores y cómo influyó en sus representaciones o en la percepción del mundo que entonces tenían. Desde este punto de vista, los textos y la lectura no son neutros sino que se inscriben en el nudo de relaciones e interrelaciones en que se encuentran los lectores.

Los textos hacen referencia al mundo y hacen planteamientos respecto del mismo o como dice Miquel Rodrigo Alsina configuran “mundos posibles” (Rodrigo, 1993), que se ponen -al menos como propuesta- al alcance de los lectores. Los periodistas y editores dan pie, entonces, a discursos relativos a las condiciones o condicionantes de la sociedad y los ofrecen en forma masiva y pública. Son tales discursos los que interesa conocer y develar, teniendo en cuenta que no tienen sentido en una supuesta existencia sólo en el texto, sino que en la interrelación propia de la lectura y los lectores.

Semejantes discursos adquieren vida entonces en el entramado social e interactúan según la posición y los intereses de quienes los formulan con un propósito social específico. Un modo de aproximarse a ellos es desde la perspectiva del Análisis Crítico del Discurso (ACD) que promueve un estudio de “el lenguaje como práctica social” (Fairclough et al., 2003), donde el contexto de uso del lenguaje es crucial y donde se expresa un interés particular por la relación entre el lenguaje y el poder. Como dice el experto en ACD, Teun Van Dijk, “más allá de la descripción o de la aplicación superficial, la ciencia crítica de cada esfera de conocimiento plantea nuevas preguntas, como las de la responsabilidad, los intereses y la ideología. En vez de centrarse en problemas puramente académicos o teóricos, su punto de partida se encuentra en los problemas sociales predominantes, y por ello escoge la perspectiva de quienes más sufren para analizar de forma crítica a quienes poseen el poder, a los responsables, y a los que tienen los medios y la oportunidad de resolver dichos problemas” (Fairclough et al., 2003).

Esta perspectiva resulta esclarecedora, reveladora y pertinente por cuanto devela la intencionalidad de la prensa y en particular de la prensa escrita no sólo hoy sino que

también en el pasado, donde quizás eran más fácilmente identificables los discursos, por cuanto muchos de los periódicos en los siglos XVIII y XIX eran principalmente de tipo doctrinario y político, como herencia de los cambios sociales, políticos y culturales que impulsó la Revolución Francesa.

En el caso de la prensa contemporánea, el asunto no es tan claro y los discursos tienden a enmascararse. Al respecto cabe tener en cuenta la precisión que realiza Norman Fairclough y que rescata Ruth Wodak en cuanto al campo de acción del ACD y sus revelaciones. En particular –dice– éste “examina con todo detalle el lenguaje de los medios de comunicación de masas, medios que se consideran una de las sedes del poder, de la pugna política, y uno de los ámbitos en los que el lenguaje es en apariencia transparente. Las instituciones mediáticas pretenden a menudo que son neutrales debido a que constituyen un espacio para el discurso público, a que reflejan desinteresadamente los estados de cosas y a que no ocultan las percepciones ni los argumentos de quienes son noticia. Fairclough muestra el carácter falaz de estas asunciones e ilustra el papel mediador y constructor de los medios (...)” (Fairclough et al., 2003).

Muchos de estos medios de comunicación y entre ellos también muchos de prensa escrita, han sido altamente eficientes en la difusión e instalación de la noción de “objetividad” como concepto y valor fundamental de su quehacer, en el sentido de que no son más que el “reflejo de los hechos” o que no informan más que “la verdad de los hechos”, sin supuestamente emitir opiniones o juicios de valor. Tal planteamiento, procedente principalmente de la prensa anglosajona, se ha afincado en el público a tal punto que por ejemplo en nuestro país sólo en 1968 vino a resquebrajarse con la frase acuñada por los estudiantes reformistas y que levantaron en un impactante letrero, que afirmaba “El Mercurio miente”.

Estar consciente de esta estratagema es fundamental para el investigador, de manera de estar alerta y prevenido ante los discursos de los medios de comunicación y en especial de los de la prensa escrita que hemos considerado aquí, para evitar percepciones y consideraciones que pueden ser calificadas de “ingenuas”.

De allí que la revisión de prensa escrita como fuente para la investigación histórica debe ser una tarea necesariamente contextualizada; con conocimiento acerca de los sectores o intereses que involucra o defiende; las motivaciones que impulsan a sus redactores; las propuestas de mundos posibles que realizan y el discurso o los discursos a través de los cuales se canalizan esas intenciones. Los textos no son neutros ni ingenuos y tampoco dan cuenta de verdades absolutas; a lo más entregan interpretaciones de los hechos, los cuales, a su vez, son tratados y jerarquizados de acuerdo a concepciones y motivos muy particulares y subjetivos.

Los periódicos y los diarios no son textos inocentes ni tampoco guardianes de la verdad histórica. Por el contrario, a lo más son recipientes de visiones y percepciones sociales que han quedado para la posteridad, pero que reviven ante el ojo o la mirada del lector en el presente. Una mirada que forzosamente es distinta de la del pasado y de la que tuvieron quienes fueron los destinatarios en principio del documento, pero que se puede revivir o evocar con las limitaciones que impone el paso del tiempo y el cambio de los marcos culturales, sociales, políticos e incluso religiosos. El mundo de significaciones es diverso, como diversas son las lecturas y las épocas.

En todo caso, se trata de un fenómeno relevante, pues la incidencia de tales lecturas no ha sido intrascendente. Como dice Darnton, “quizá sea útil recordar con cuánta frecuencia una lectura ha modificado el curso de la historia. La lectura de Lutero sobre Paulo, la de Marx sobre Hegel o la de Mao sobre Marx”.

La lectura de la prensa escrita ha incidido en sus contemporáneos y les ha ayudado nada menos que a comprender o a transformar su mundo y el legado para las



nuevas generaciones, de modo que esos textos no son el mudo testimonio de una época, sino que un retazo de la misma que nos aporta luces sobre el presente y sobre nuestras propias lecturas y sobre nuestra propia prensa. Acercarse a ella requiere, por tanto, de una actitud cuidadosa y atenta a una serie de prevenciones y consideraciones.

## **BIBLIOGRAFIA**

Braudel, Fernand. 2002. “Las ambiciones de la historia”, Ed. Crítica, Barcelona

Castagneto Garviso, Piero. 2007. “Bosquejo histórico de la prensa en Valparaíso (1826-1973)” en “Tributo a Valparaíso”, de Fernando Vergara Benítez (editor), Ed. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso.

Darnton, Robert; “El lector como misterio” en la revista electrónica Fractal, <http://www.fractal.com.mx/F2darn.html>

Rodrigo Alsina, Miquel. 1993. “La construcción de la noticia”, Ed. Paidós Comunicación.

Soffia Serrano, Alvaro. 2003. “Lea el mundo cada semana. Prácticas de lectura en Chile 1930-1945”, Ed. Universitarias de Valparaíso, Valparaíso.

Vargas Llosa, Mario. 1990. “La verdad de las mentiras. Ensayos sobre literatura”, Ed. Seix Barral, Biblioteca Breve, Barcelona.

Wodak, Ruth y Meyer, Michael. 2003. “Métodos de Análisis Crítico del Discurso”, Ed. Gedisa. Barcelona.